

LOS RETRATOS DE LAURA
PABLO F. ALLES



LOS RETRATOS DE LAURA



Los Retratos de Laura

Pablo F. Alles

© Pablo F. Alles

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII

A mis padres.

*A Paty y a Valeria,
por vuestra dulce compañía
fuente de mi felicidad e inspiración.*

...escuchar las melodías y las canciones que Laura va oyendo durante la historia que relato, os transportará más fielmente a sus emociones y pensamientos más íntimos...[*]

[*]Puedes encontrar todas las canciones que aparecen en el libro en www.pablofalles.com

Capítulo I

Prendía su corazón de calor y encogimiento frente a aquella nueva situación. Aunque pudiéramos encasillarla dentro del grupo de las aparentemente seguras y valerosas, Laura, ese día, estaba ante las típicas sensaciones previas a una entrevista de trabajo. No sólo era eso, las prendas que lucía no eran las usuales, sintiendo así el desprendimiento momentáneo de parte de su identidad y su carácter. Aquel día sabía que debía acudir algo más formal de lo habitual. A su vespertina inquietud había que sumarle otra cosa: Hoy el *ipod* se había quedado en casa. Como en aquella famosa poesía de Quevedo, era una mujer pegada a un *ipod*; era una mujer pegada a la música; era una mujer pegada a mil melodías; era una mujer pegada a multitud de sentimientos y emociones llovidas de aquellas canciones; era una mujer pegada a todo eso y a mucho más. Nadie podía concebir la vida de Laura sin su parafernalia musical, ni siquiera ella misma, por supuesto. Cuando la observabas caminar por la calle, te percatabas de que el ritmo de su paso era el ritmo de lo que escuchaba. Ese repertorio musical era elegido minuciosamente por ella; no solía escuchar frecuentemente la radio. Por eso, si su paso era ligero, significaba que había tomado la decisión de escuchar una canción seguramente alegre y ese día debía estar contenta. En cambio, si su marcha era lenta y pausada, algo podía haberle herido el corazón. De todas formas, esto no siempre era así. Le encantaba viajar por las distintas emociones aunque no fueran a la par de su ánimo diario; es más, le daba cierto morbo subir y bajar por los peldaños de las melancó-

licas melodías y así derramar alguna que otra lagrimilla injustificada.

Mientras la espera se prolongaba, viajó entre las redes de sus recuerdos más profundos. Como ella normalmente decía, siempre hacía protagonista de sus pensamientos, al menos una vez al día, a una de las personas más importantes de su vida, su padre. Años atrás había sufrido su pérdida, y para ella era automático pensar en él. Siempre decimos que debemos quedarnos con los recuerdos buenos de las personas que van partiendo, indudablemente. Pero el que ha perdido a alguien en condiciones de dura enfermedad, sabe perfectamente que es imposible deshacerse de esas áridas e hirientes últimas imágenes en las que la vida parece desligarse de una vez para siempre del cuerpo. En ellas, la piel va perdiendo su viveza y su color, los ojos parecen mirar a ninguna parte y la respiración se muestra como un impulso inerte y programado. Todos esos rasguños del alma eran como cicatrices que le acompañaban en todo momento: En un pensamiento, en una conversación, disfrutando de un paisaje, o simplemente viendo una película... En fin, estarían siempre ahí, aunque fuera en ese lugar privado que cada uno posee y que Laura definía como la *penumbra* reservada de nuestro ser; allí se guardarían los secretos y los sufrimientos más oscuros. Siempre se preguntaba adónde iba a parar esa *penumbra* íntima cuando uno moría. ¿Acompañaría a su espíritu en un largo viaje o se diluiría simplemente en el aire tras abandonar el cuerpo? Eran sensaciones tan profundas y únicas que no las compartía con nadie. Eran esas cosas por las que, a veces, se sentía especial y, a la vez, avergonzada de sí misma; algo extraño. Una parte de ella veía esos rasgos como únicos y valiosos; otra, como el origen de sus fracasos y derrotas personales. Al poco, fue llamada para iniciar la entrevista laboral, saliendo así de ese viaje interno que la había aletargado en la sala de espera.

—Señorita Laura... mmm... ¿Laurel? —pronunció confuso y extrañado el entrevistador mientras se acariciaba una barba de color castaño perfectamente recortada. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, de buena presencia y de mirada muy cercana y familiar.

—Sí —sonrió ella complacientemente—. Soy Laura Laurel Sánchez, es correcto.

—¡Qué curioso! —se sinceró esbozando una pilla sonrisa—. Yo soy Andrés Reina, uno de los propietarios de la empresa. Siéntese, por favor. Hemos recibido su currículum y estamos interesados en usted, siempre y cuando sea recíproco, claro. Si le digo la verdad nos ha llamado bastante la atención la presentación de su currículum, nos ha gustado mucho.

—Gracias. —La señorita Laurel se mostraba muy satisfecha.

—No, en serio, creo que es su mejor carta de presentación, su propio estilo. Pero ando un poco despistado —continuó explicándose Andrés—. Si me permite, me gustaría decirle que me había hecho una imagen diferente de su persona. —Ella sonreía mientras le escuchaba—. No me encaja su forma de vestir. Esa imagen que muestra hoy no me casa con la impresión que me había formado en la cabeza al ver su currículum. Le soy sincero, no puedo evitarlo.

—Lo primero, ruego me tutee —comenzó a hablar Laura—. Y sí, es cierto, hoy he cambiado mi forma de vestir para la entrevista.

—¡Pues muy mal hecho! —interpeló cariñosamente Andrés mientras jugaba con un bolígrafo—. Así no me gusta. No te puedo conocer en profundidad. Por cierto, hálbame de tú también, te lo suplico.

—En el coche tengo una bolsa con mi ropa —respondió Laura—. Pensaba cambiarme nada más salir de aquí. Así que imagínese lo poco identificada que me siento con estas prendas.

—¿Serías capaz de bajar a por ella y cambiarte? Hay un aseo junto a los ascensores —preguntó en tono desafiante de humor el entrevistador.

—¿Lo dice en serio? ¡Hecho!, ahora mismo vengo. Dame quince minutos.

—Claro, rápido, te espero aquí, Laura... Laurel.

Tan pronto Andrés había terminado la frase, la joven muchacha se apresuró escaleras abajo mientras se quitaba la chaqueta y las horquillas del pelo. A dos calles, tenía el viejo coche rojo aparcado con sus pertenencias. Una mezcla de nervios e incertidumbre le corría por el estómago, le gustaba lo que estaba sucediendo. Enseguida se encontró en el aseo de la empresa donde quería ser contratada, rebajándose el maquillaje e incorporando a su imagen su ropa habitual.

—¡Hombre! —exclamó un sorprendido Andrés—, esto es otra cosa. Un traje muy colorido, unos zapatos morados y la frescura y la improvisación que esperaba de ti. Ahora sí podemos empezar la entrevista.

—Ja, ja —reía Laura—. Así me encuentro mucho mejor. Así soy yo. No me gusta encorsetarme en nada, pero la cosa no está como para perder un puesto de trabajo por la forma de vestir. Tampoco hay que agobiarse si por un día...

—Bueno, así está todo en su sitio —interrumpió con una sonrisa Andrés—. Tu currículum, como tantos, está correcto en contenido: Licenciada en Económicas, Máster en Marketing, etc. Y lo mejor, ¡diseñadora de publicidad de peluquería canina! ¿Cómo es eso?

—Sí, le cuento. Una amiga mía abrió hace poco una peluquería para perros y confió en mí el diseño de la publicidad: Los carteles, las cuartillas para ser repartidas por los buzones y por los parabrisas de los coches. En fin... todas esas cosas.

—Sorpréndeme, dime que tienes una de esas cuartillas en el bolso.

—Pues claro —dijo agradando sus expectativas—, aquí la tiene.

—¡Maravilloso! —gritó Andrés mientras la ojeaba—. Permíteme que me lo quede. ¿Sabes lo que tú vales?

—No lo sé, lo único que tengo claro es que disfruto muchísimo con lo que hago.

—Pues si encima disfrutas con ello, es porque eres una auténtica artista, con un gusto exquisito y con una brillante sensibilidad. Por cierto, ¿sufres mucho?

—¿Por qué lo pregunta? —Laura parecía confusa.

—No te incomodes, por favor, lo decía porque detrás de esa sensibilidad tan pura, siempre hay un sufrimiento oculto. ¡No me dirás que no es cierto!

—Sí, tienes razón, pero no querría hablar de ello ahora. ¿Me comprende, verdad? Espero que no sea mucho problema...

—Dicho y hecho. Centrémonos en la cuestión que nos atañe. Sabes que el puesto es para el departamento de Marketing a través de nuestra web. Desarrollamos la publicidad de empresas, fundamentalmente orientada al ámbito de internet: Los banners, los rascacielos, etc. Supongo que estarás familiarizada con todo ello. El sueldo se aproxima a tu experiencia, poca. Eso hace que se aleje de tu talento. Espero que entiendas que, en un principio, el salario sea de este tipo.

—Sí, por supuesto. Lo que quiero es trabajar y más en mi especialidad. Esto es una oportunidad importante para mí.

—Espero que sepas reflejar en tu trabajo diario esa esencia mágica que he visto en tu currículum y en esas cuartillas de la peluquería que me has traído. ¿Lo harás?

—Por supuesto —respondió alegremente Laura.

—Entonces... ¿aceptas el trabajo? —Andrés se reía en su interior evitando que pareciera todo demasiado fácil para la aspirante. Realmente estaba muy interesado en ella.

—¡Claro! —sonreía ilusionada Laura.

—Extraordinario. Muy bien, empezarás la semana que viene. Y recuerda, así te quiero ver vestida para venir al trabajo. No me vayas a venir con trajes de chaqueta ni nada que entorpezca ese talento que vive dentro de ti.

—Gracias. —Laura se tronchaba en silencio amarrando la satisfacción creada por aquellos hermosos halagos.

Mientras bajaba por el ascensor, Laura danzaba en su interior en una nebulosa de felicidad contenida. Este edificio era sede de muchas empresas que basaban su negocio en el mundo de internet, por ello se denominaba *Edificio W.B.*, de Web Building. Entre ellas, se encontraba *WebCop Marketing*, la empresa que la acababa de contratar. Meter la cabeza en esta compañía era para ella muy importante. Al fin y al cabo se introducía en un edificio con muchas entidades destacadas del sector y donde, a la larga, conocería mucha gente. Eso le vendría muy bien en su futuro profesional. El camino hacia el coche se aceleraba por segundos y su ligero caminar casi se convirtió en trote.

—Por fin mi primer objetivo conseguido —pensó en su interior.

Tras finalizar los estudios universitarios, se había llevado casi cinco años desempleada realizando un máster y pequeños cursos que perfilaran su expediente. Pero la verdad es que lo que ya tocaba era comenzar su carrera profesional e ir cogiendo experiencia. Ella sabía que la formación era importante, fundamental, pero que empezar a trabajar en estos momentos lo era más. No quería que pasaran los años y competir con personas más jóvenes que ella; se haría muy cuesta arriba y más en aquella situación de precariedad laboral. Una vez que se montó en el coche, encendió el reproductor de compact disc y puso a todo volumen una canción que le encantaba.

*...Hoy vas a descubrir
que el mundo es sólo para ti,
que nadie puede hacerte daño.
Hoy vas a comprender
que el miedo se puede romper con un solo portazo.
Hoy vas a reír porque tus ojos se han cansado de ser
llanto...*

(Cantante: Bebe. Canción: Ella)

Siguió cantándola todo el camino, moviendo la cabeza y pensando cómo iba a ser su futuro. Estaba realmente feliz.

—Por fin llegan buenas noticias —se dijo a sí misma.

Tras coger el móvil.

—¿Cómo se lo digo? —pensaba mientras escuchaba el segundo tono de la llamada de su teléfono.

—¡Laura!

—¡Sí!

—¿Laura?

—¡Que sí!, ¡que sí! —chilló la recién contratada mientras se revolvía el pelo a lo loco.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Mara.

—¡Sí!, y te lo debo a ti.

—Pero, ¿qué dices? —se alegraba la amiga.

—Les encantó la publicidad de tu peluquería canina.

—¡No me digas que incluiste eso en el currículum! —carcajeaba Mara.

—Por supuesto, contabiliza como trabajo realizado, ¿no? —argumentó ansiosamente Laura—. Y ya ves, menos mal que lo puse y menos mal que llevaba un panfleto encima. Les encantó. ¡Contratada! —siguió gritando con el brazo levantado.

—¿Dónde estás ahora?

—Estoy debajo de mi casa, en el coche, aparcada.

—¿Quedamos ya?

—Al final no. No puedo. Quiero ir a decírselo a mi abuela. Estará deseando que le cuente. Mejor más tarde.

—De acuerdo, me llamas luego y quedamos.

—¡Perfecto! —seguía eufórica Laura.

Tras colgar, se apresuró para ver a su abuela. Lola era una entrañable y cariñosa mujer mayor que mantenía una estrecha relación con su única nieta. Vivía amarrada a los

recuerdos de su hijo fallecido; indudablemente había sido una terrible pérdida. Para Laura, siempre había ejercido de madre en todos los aspectos. Una espesa historia reposaba sobre la vida de aquella muchacha. Cuando era pequeña, su madre los abandonó y, por ello, su vida había girado en torno a la figura de su padre y de su abuela. Al parecer, su madre se había ido con otro hombre. Fueron hechos que nunca habían sido explicados con total claridad. Esos acontecimientos habían dejado una huella muy dolorosa en el alma de su padre, motivo por el cual nunca había querido hablar más de lo preciso.

—¡Abuela, ya he llegado! —gritó Laura mientras colgaba sus pertenencias en la percha de la entrada.

—Dime, Laurita, estoy en la cocina.

—¡Abuela! —exclamó—. ¡Ya tengo trabajo!

—Lo sabía. ¿Quién no te iba a querer a ti? —decía Lola entre lágrimas y acelerando su torpe paso—. ¡No estarán contentos contigo!

—Me acaba de tocar la lotería, abuela.

—No, Laurita, les acaba de tocar a ellos. Tú eres un premio gordo —aseguró con una pequeña sonrisa naciente—. ¿Y cuándo empiezas?

—La semana que viene. Por cierto, no tengo que comprarme ropa nueva, me han dicho que vaya vestida con la mía habitual, la de todos los días. Es gente muy moderna, abuela.

—Claro... a ti no te hace falta disfrazarte de nadie, haces muy bien siendo tú misma.

—Gracias, abuela. ¿Qué haría yo sin ti? —continuó Laura emocionada.

—Pues todo. Absolutamente todo lo haces maravillosamente bien, y lo que tienes te lo has ganado con tu propio esfuerzo. Eres una niña muy lista y trabajadora.

—¿Qué dices, abuela? ¿Acaso olvidas quién me ha enseñado a ser así?

—Bueno, bueno. Si algo he aportado, ha sido desde el cariño que te tengo; un par de palabras, algún consejito,

pero todo lo demás es cosa tuya. Tú te lo has ganado.

—Gracias, eres un sol. —La joven perdía su mirada adentrándose en sueños y hermosas imágenes, recreando un futuro laboral productivo y brillante.

Tras merendar juntas, Laura se tumbó en su cama perdiéndose en la imagen desenfocada del techo de su dormitorio. Como siempre... escuchaba música.

Vendaval de nostalgia me alimenta cuando te oigo hablar.

Llega el blanco y verde de las cosas nuestras.

Llega el cafelito bueno del sofá.

Y ya lo sé, que tendría que cuidarme pero tú también...

...Montañas de sal

Tu marinero en alta mar...

(Cantante: Manu Carrasco. Canción: Montañas de sal)

Sus pensamientos repasaban una y otra vez cada segundo de la entrevista de trabajo, cada palabra pronunciada por Andrés y por ella misma. Realmente estaba contenta con el resultado. Pero en su interior, algún sentimiento más le rondaba. Era uno de esos momentos especiales que a uno le suele gustar compartir con todas las personas que considera de vital importancia; era su padre el foco principal de sus pensamientos. ¡Cuánto le hubiera gustado disfrutar con él toda esa alegría y escuchar su opinión! Se imaginaba abrazándole, girando y girando sin parar sumergida en una infinita felicidad.

—Papá siempre me daba el mejor consejo y el mejor consuelo —pensó Laura perdida en su imaginación.

Enrique había contado con el apoyo primordial de su madre, Lola. No obstante, y a pesar de su ayuda, había tomado las riendas de la familia con valentía y buen hacer. La huida, como él llamaba a ese acontecimiento, de su espo-

sa, le había empujado a dedicarle más tiempo a su hija. Con los años, ambos habían forjado una relación muy estrecha y especial; se necesitaban mucho el uno del otro. Junto a los recuerdos de su padre, no podía olvidar a la persona que le había traído al mundo. Siempre prefería no utilizar la palabra *madre*, pues nunca lo había representado para ella, pero sí que ocupaba su mente de vez en cuando y, hoy, no iba a ser menos. No podía evitar pensar qué sería de ella y, en esta situación, saber si se sentiría orgullosa de su hija; al fin y al cabo no podía apartar esos sentimientos de pertenencia hacia su progenitora, aunque fuera desde la rabia o desde el rencor. Dejando volar aún más su imaginación, recreó mentalmente el primer día de trabajo, sus nuevos compañeros, su mesa, su ordenador, y voló en un mundo de mil maravillas donde sus creaciones artísticas se repartían por doquier como obras de artes reconocidas. Cientos de flashes la alumbraban como si de una diva del cine se tratara. Ella sonreía y se adulaba con grandes piropos mientras era rodeada de una multitud. Todo aquello era apabullante, su felicidad se hacía extrema y, entre carcajadas ya reales, aterrizó de nuevo en su cama. Con una sonrisa residual se incorporó y cogió el teléfono.

—¡Hola, Mara!

—¡Hola, Laurita!

—¡Ja!, aquí estoy. —La señorita Laurel se abrazaba a un enorme cojín con una sonrisa imborrable.

—No me lo digas —dijo Mara en tono premonitorio—. Ya sé lo que has estado haciendo. ¡Cómo te conozco!, lo noto en tu voz. —Laura seguía riéndose—. Cómo reconozco esa risa. ¿Qué?, viajando por tus sueños, ¿verdad?

—Cómo me conoces, ¡pues claro!, soñar es gratis... y ¡me hace tan feliz! Deberías probarlo más a menudo.

—Si yo lo intento, pero es que no tengo esa capacidad de ensoñación que tú tienes. Mi realidad me pesa demasiado, no puedo salir de ella con tanta facilidad.

—Tendrás que practicar más —respondió con tono jocoso Laura—. Bueno ¿qué?, ¿nos vemos? —La joven de-